

MARINO SE PASA

AL AREA DEL DOLAR

Por F. CARANTONA

El mundo amanece cada jornada igual a sí mismo, igual a su antecedente inmediato, y radicalmente distinto también de su imagen anterior. Nunca sabe uno, al cruzarse por la calle con un rostro conocido de siempre, habitual en su tránsito, si aquel hombre lleva dentro una tormenta antigua, o una alegría recién descubierta, o una vaciedad natural y diaria. Nunca sabe uno si la mueca de dolor que acaba de descubrir en el prójimo que pasa es instantánea o duradera, si su sonrisa es fugaz o fruto de un sosiego diario. Hay que acercarse, escuchar a los hombres, mirar a los paisajes, con determinamiento, con calma, para llegar a saber si debajo de su epidermis se ha producido un cambio hondo, un cataclismo que quizá no llega a la corteza, pero que no por eso deja de tener magnitud cósmica.

Esto le ha ocurrido a uno con Marino Gómez Santos. Marino Gómez Santos, joven él, al borde de los treinta años él, era un escritor de constelación. Un escritor colocado en el rabe del trazo entre decadente y pirrotécnico, dibujado, de testa a testa, desde Enrique Gómez Carrillo, pasando como por un puente natural sobre César González Ruano. Marino estaba criado, literariamente, a la sombra decadente y casi maldita de César, lo mismo que César se crió bajo las alas cosmopolitas de Gómez Carrillo. Marino no había llegado aún a escribir un relato sobre Mata-Hari —aunque, a pesar de todo, llegará a escribirlo—, pero ya había dado a conocer una amplia serie de entrevistas con Raquel Meller. Marino sabía jugar al "dandy" con desgaire, como un "declesée" consciente de su apartamiento voluntario de una grandeza que le produjo tedio al heredarla; sabía mover los dedos con ese expresivo elogio con que César define el valor de un ánfora fenicia, o de un cuadro parisién, quizá con la misma gracia que Enrique Gómez Carrillo ponía en el mismo menester. Marino parecía, pues, predestinado a ser la página siguiente, el tercer capítulo de una dinastía que comenzó en un guatemalteco, siguió por un señorito madrileño y continuaba por un mozo ovetense con especial

facilidad para las letras. Marino parecía adscrito para siempre al área del franco, a la "belle époque", al señuelo de un París que, si no ha sido por el vivido, si había sido transitado y gozado por sus maestros. Pero la fidelidad literaria, sobre todo cuando de ella se deduce una conformación interna y externa, cuando de la fidelidad se deben derivar a la larga sacrificios y retorcimientos masoquistas del propio yo, para poder decir con justicia que está uno de vuelta de todo, es dura de lograr. Gómez Carrillo y González Ruano fueron capaces de tan estéril heroísmo. Marino parece que no va a ser capaz de alcanzarlo.

Porque Marino, de pronto, sin advertencia previa, se ha pasado a la vital y violenta área del dólar. Ha olvidado su estirpe guatemalteca y madrileña para seguir de cerca, con una taurofilia instantánea y virulenta, a don Ernesto Hemingway. Marino ahora habla con una pizca de tedio, como de algo momificado y lejano, del viejo César y del viejo Gómez, al tiempo que pone sobre los cuernos de la luna al no menos viejo, aunque menos achacoso, Hemingway.

Y, a pesar de ello, a pesar de que los cielos literarios españoles están a punto de perder el redondeamiento de una constelación casi lograda, Marino Gómez Santos no ha cambiado su apariencia. Marino con el rostro sonrosado, expulsando por la tarde el calor que absorbió por la mañana su piel en el arenal de San Lorenzo, parecía ayer el mismo Marino de siempre. En el aire de Cuenca, sin embargo, en ese aire de Cuenca donde César respira, se notaba su falta. Marino ha pasado de la piedra conquense al bullicio de los San Fermín; del área del franco, al área del dólar; del encaje de bolillos cafetero y enfermizo, a la literatura de safari y pesca en mar abierto. Ahora sólo falta saber si Marino de veras va a ponerse el salacof, y a capturar peces espada en el Caribe. Como tranquila, era más tranquila la biografía que antes comenzaba. Pero, al fin y al cabo, de don Ernesto se puede aprender la ruta hacia el Premio Nobel.

"El Comercio"

Gijón, 4. Agosto. 1959